

La docencia: entre la vocación y la realidad

María Sariela Rodríguez López*

Durante varios años me hicieron la misma pregunta que hoy en día se le formula a casi cualquier adolescente, tenga más o menos de catorce años: ¿qué quieres ser de grande? Con el paso del tiempo, esa interrogante se transforma en una aún más concreta y, quizá, más intimidante: ¿qué vas a estudiar al salir de la preparatoria? No se trata de una pregunta aislada, sino de una presencia constante que aparece en distintos momentos de la vida cotidiana. Surge en conversaciones casuales, en reuniones familiares o incluso en comentarios aparentemente inofensivos, pero que llevan consigo un peso importante. Poco a poco, esa duda deja de ser una simple curiosidad y se convierte en una exigencia implícita de tomar una decisión. Elegir una profesión comienza a percibirse como un paso definitivo, como si en ello se jugara el rumbo completo de la vida. Así, lo que al inicio parece una pregunta sencilla, termina por convertirse en una fuente de presión constante.

En ese contexto, se espera que elijamos una profesión que no sólo nos apasione, sino que también nos garantice estabilidad y bienestar. Sin embargo, pocas veces se reconoce lo complejo que resulta tomar una decisión de tal magnitud a una edad en la que aún estamos en proceso de descubrir quiénes somos. La presión social y las expectativas externas influyen más de lo que se admite y, muchas veces, terminamos pensando más en lo que “deberíamos” elegir que en lo que realmente queremos. Así, la elección deja de ser un acto libre y se convierte en una respuesta a múltiples voces externas.

Mi nombre es María y tenía diecisiete años cuando esa pregunta resonaba una y otra vez en mi cabeza, sin darme tregua. Para ser honesta, no sabía qué responder y esa incertidumbre me generaba más inquietud que claridad. Más que pensar en una carrera que despertara una vocación profunda en mí, me preocupaba encontrar algo que me garantizara estabilidad económica y un trabajo seguro. En ese momento, mi prioridad no era la pasión, sino la seguridad. Fue en una de esas noches llenas de pensamientos interminables cuando surgió una idea que, en ese

instante, parecía completamente lógica: la docencia. No fue una decisión impulsada por un sueño de infancia, sino por una necesidad de encontrar un camino que ofreciera certidumbre. Así, poco a poco, fui construyendo una idea que me permitió sentir que al fin tenía una respuesta.

Imaginé que ser docente era una profesión estable, con oportunidades laborales seguras, bien remunerada y, además, tranquila en comparación con otras opciones. Pensé que se trataba de un camino claro, en el que el esfuerzo se vería recompensado con cierta estabilidad a largo plazo. Incluso llegué a creer que, con suficiente disposición, podría contribuir a transformar el sistema educativo desde dentro. Esa idea resultaba motivadora y, de alguna forma, le daba un sentido más profundo a mi elección. No sólo se trataba de encontrar un trabajo, sino de participar en algo que tuviera impacto. Con el tiempo, esa imagen idealizada de la docencia fue tomando fuerza en mi mente, hasta convertirse en una convicción. Así, decidí avanzar en esa dirección con la seguridad de estar tomando la mejor decisión posible en ese momento.

Con esa convicción, me informé sobre el proceso de ingreso y obtuve ficha en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. Presenté el examen de admisión, fui aceptada en el ciclo escolar 2021–2025 y, llena de entusiasmo, sentí que había superado uno de los mayores obstáculos. Ingresar a la institución representó para mí un logro significativo y el inicio de una nueva etapa. Me incorporé a la vida normalista como cualquier estudiante, con expectativas, nervios y motivación. Durante los primeros meses, todo parecía marchar bien y conforme a lo que había imaginado. Me sentía parte de un proceso formativo importante y creía estar en el camino correcto. Esa sensación de seguridad reforzaba la idea de que había tomado una buena decisión.

A través de las clases, mi panorama sobre la educación y el desarrollo de los alumnos cambió de manera drástica. Descubrí teorías, enfoques pedagógicos y autores que proponían nuevas formas de entender la enseñanza. Cada concepto aprendido ampliaba mi perspectiva y me hacía cuestionar lo que antes daba por hecho. Comencé a ver la educación no como una transmisión de conocimientos, sino como un proceso complejo y dinámico. Por un momento, creí firmemente

que era posible transformar el sistema educativo y lograr resultados verdaderamente significativos. Esa visión alimentó mi motivación y fortaleció mi compromiso con la formación docente. Sin embargo, esa idea aún estaba construida desde un enfoque principalmente teórico.

La realidad comenzó a mostrarse con mayor claridad durante mis primeras prácticas en una escuela rural de Guanajuato, ubicada a las orillas de la carretera hacia Carboneras. Fue en ese contexto donde experimenté por primera vez el contraste entre la teoría y la práctica. Allí, un docente con varios años de experiencia hizo un comentario que nunca había escuchado de forma tan directa y que sembró en mí una profunda duda: “La educación es como el amor al arte”. Aquella frase, aunque breve, tenía un peso que no comprendí de inmediato. Intrigada, le pregunté a qué se refería, esperando una explicación más amplia. Sin embargo, su respuesta fue simple y contundente: “Cuando termines, lo vas a entender”. En ese momento, no supe cómo interpretar sus palabras, pero algo en ellas quedó resonando en mi interior.

Aquellas palabras se quedaron conmigo y me llevaron a cuestionar todo lo que hasta ese momento había aprendido. Por un lado, estaba la narrativa optimista de la formación normalista; por otro, la experiencia de alguien que ya vivía la realidad del sistema educativo. Esa contradicción despertó en mí una nueva forma de mirar la docencia. Comprendí que muchos conocemos la educación desde una perspectiva limitada, como participantes secundarios, sin dimensionar realmente lo que implica estar al frente de un grupo. La práctica docente no sólo exige conocimientos, sino también habilidades que no siempre se desarrollan en el aula universitaria. Fue entonces cuando empecé a entender que la enseñanza va mucho más allá de lo aprendido en los libros. Esa reflexión marcó un punto de inflexión en mi proceso formativo.

Mis segundas prácticas se llevaron a cabo en una escuela primaria urbana, ubicada en el entronque de Silao, donde trabajé con un grupo de tercer grado. A diferencia de lo que esperaba, la experiencia no fue favorable y representó un reto importante para mí. Llegué con una planeación cuidadosamente elaborada, que incluía actividades, materiales y propósitos que, en el papel, parecían perfectamente estructurados. Confiaba en que todo funcionaría tal como lo había di-

señado. Sin embargo, pronto me enfrenté a una realidad distinta, en la que mis expectativas no coincidían con las condiciones del aula. A pesar de mi preparación, las actividades no generaron los resultados esperados. Esa situación me hizo cuestionar la forma en que estaba entendiendo la enseñanza.

El problema fundamental era que nada de lo que había planeado correspondía al contexto real de mis alumnos. Sus necesidades, intereses y condiciones eran muy distintos a lo que yo había considerado al momento de diseñar mi intervención. Fue entonces cuando entendí que enseñar no es sólo aplicar teorías ni seguir planes estructurados al pie de la letra. La docencia exige sensibilidad, capacidad de adaptación y, sobre todo, una profunda comprensión del entorno en el que se trabaja. Ese momento marcó un cambio significativo en mi manera de concebir la profesión. Mi idea inicial comenzó a transformarse, dando paso a una visión más realista. Sin darme cuenta, también empezó a surgir una nueva razón para permanecer en ese camino.

Actualmente, soy docente de un grupo de primer grado en una escuela ubicada en el estado de Guanajuato, donde atiendo a 22 alumnos de quienes aprendo todos los días. Esta experiencia me ha permitido reafirmar que, en muchas ocasiones, no nacemos con una vocación definida como comúnmente se cree. Más bien, es en el ejercicio de la profesión donde descubrimos nuevas capacidades y aspectos de nosotros mismos. La docencia me ha llevado a desarrollarme en múltiples sentidos, tanto profesionales como personales. He comprendido que esta profesión está conectada con un sinnúmero de áreas que permiten un crecimiento constante. A través de esta narrativa, concluyo que la docencia no define quién soy, sino que representa un conjunto de habilidades que he ido construyendo con el tiempo. La vocación no siempre existe antes de iniciar, sino que se desarrolla a lo largo del proceso, no necesariamente en lo que imaginamos, sino en aquello que, sin saberlo, nuestra mente y nuestra experiencia necesitan.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente de la Escuela Primaria “Delfina Quiñones” de Guanajuato, Gto. maryrodriguezlp19@gmail.com